Comentarios a la Regla de Vida

Hermano Benjamín

Pero el compartir material y espiritual
entre nosotros
no sería conforme al Evangelio
si no condujera a la preocupación
de atender concretamente
a los que nada tienen.

Capítulo VI. La pobreza. 82. Compartir evangélico

Hace ya algunos años paseaba con un amigo por las calles de una ciudad magnífica. Desde lejos vi a un pobre sentado junto a una columna de los soportales que daban a los negocios más lujosos del centro urbano. Había visto a ese pobre muchas veces e incluso conocía su estilo de vida: cuando conseguía juntar algo dinero, entraba en el supermercado vecino y se compraba un cartón de vino. Pasaba el resto del día, no ya ha sentado, sino tumbado, durmiendo la mona junto a la columna donde ahora mismo reposaba.

Cuando llegamos a su altura, mi amigo se detuvo un momento, sacó la cartera del bolsillo trasero y tomó un billete pequeño para depositarlo en el platillo del pobre. Este gesto me pareció una agresión innecesaria hacia mi persona, así que contraataqué con una justificación:

–¡No, de verdad, no deberías darle nada! ¡Se lo va a gastar en vino!

Me pareció mal que mi amigo, visitante en la ciudad, se permitiera ejercer la caridad con unos de mis pobres, porque así como no nos gustan los pobres de fuera, tampoco nos gusta que los forasteros se inmiscuyan en el auxilio de nuestros necesitados. Como no quise insistir en el tema, seguimos caminando, yo tratando de disimular mi incomodidad con alguna conversación intrascendente. Pero al cabo de unos pocos pasos, él se detuvo, me enfrentó y dijo:

–Si se lo gasta en vino o no, es un problema suyo, no mío. Desde que he visto a ese pobre hombre, he pensado que la cuestión pertinente era si le daba una limosna o no. Algo tan sencillo como eso, sabiendo que esto es una nimiedad y que esta ayuda ni me cuesta ni me compromete.

Para mí fue una cura de humildad tan importante que todavía me sigo acordando años después, y no dejo de recordarlo cada vez que un pobre se cruza nuevamente en mi camino. Porque hay mil razones, todas válidas, para no ayudar a los pobres: dar limosna es favorecer la mendicidad en las calles, colaborar a que las ciudades estén más sucias, pasar por alto que los pobres son foco de peleas y de espectáculos poco edificantes, promover el abuso de discapacitados que son obligados a mendigar, entre otras cosas. Incluso hay algunos que dicen que dar limosna va en contra del estado de justicia universal, donde no será necesaria la caridad porque ya no habrá pobres. A estos últimos se les recomienda releer el evangelio de Marcos que dice: “A los pobres siempre los tendrán con ustedes, y cuando quieran podrán hacerles el bien”. Que pierdan pues la esperanza los que creen en la utopía de la sociedad perfecta.

Como conclusión puedo decir que desde aquel día una nueva mirada me ayuda a comprender que esos problemas que acabo de citar, los que impiden dar limosna a los pobres, no son mis problemas. Para eso están los alcaldes y concejales, la policía y los servicios sociales. Mi problema es responder a la llamada de la conciencia escrita en mi Regla de vida: “pero el compromiso material y espiritual entre nosotros no sería conforme al Evangelio, sino condujera a atender, concretamente a los que nada tienen”.